

Crónica de un derrumbamiento anunciado

Marta Castaño

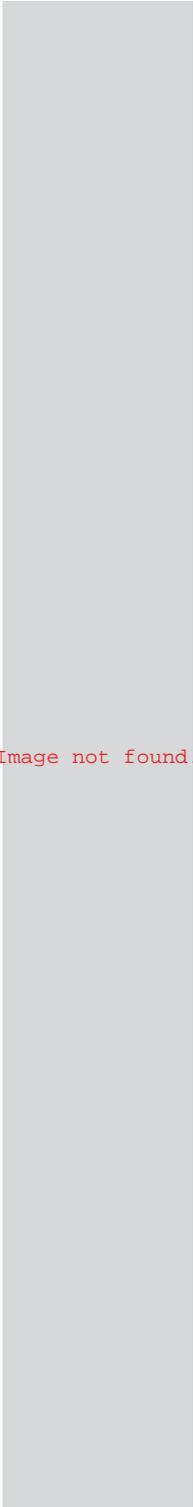


Image not found.

Capítulo 1

Crónica de un derrumbamiento anunciado

“Han tirado la primera piedra,

han tirado, han tirado.

Han tirado la primera piedra.

Las demás cuando las tirarán”

Pamplona, 25 de julio del año 1915

El día que iba a saltar de la muralla Fermín se despertó sobresaltado a las seis de la mañana para esperar a los obreros. Había soñado que veía desde el cielo los altísimos árboles que estaban apilados junto a río, meciéndose por una suave brisa de verano que los acariciaba. Se escuchaba de fondo la continua, pero siempre nueva, melodía del chapoteo del agua fluyendo. Era un sueño precioso y sosegado pero justo antes de abrir los ojos sintió como si le cayeran encima un montón de piedras que acababan por sepultarlo.

Todavía no había salido por completo el sol pero la tenue luz matutina se elevaba sin pausa en el horizonte y se oían algunos pájaros cantar con timidez, como si fueran conscientes de lo temprano que era y tuvieran miedo de despertar a alguien.

La alta muralla de piedra gris había sido su casa desde siempre, o eso era lo que él recordaba, y dormía allí todos los días, viviendo sin preocupaciones. A lo largo de su existencia había contado con cuantas cosas necesitaba: un sitio donde refugiarse y descansar, comida y unas vistas maravillosas. Sabía que para ser feliz no hacía falta mucho más. Sin embargo ya llevaba algún tiempo sintiéndose incómodo, amenazado y atrapado en aquel lugar.

Todo comenzó con un leve murmullo que se fue elevando con el paso de los días hasta convertirse en un barullo insoportable. Se escuchaba mucho ajetreo durante el día y a veces incluso durante la noche. Eran principalmente voces de personas debatiendo algo que parecía muy importante, algo sobre las malas condiciones de la ciudad y una posible y drástica solución, aunque no estaba muy claro cual sería. Días después descubrió que su apacible estancia la habían dado por concluida unos

cuantos hombres insensatos que decidieron que lo mejor para optimizar la calidad de vida de todos era derrumbar la fortificación. Y ahora ese era su principal problema, su refugio iba a desaparecer y no tenía a donde ir. Le iban a quitar lo único que tenía y no podía quedarse sin tomar cartas en el asunto.

Al principio se había unido a las voces de algunas personas que gritaban contra el derribo de la muralla de la ciudad: ¡"No queremos que la piqueta eche abajo esos muros que nos recuerdan hechos gloriosos para la historia"! Se había desgañitado con ellos para no conseguir nada más que quedarse sin voz. La parte de la muralla donde él vivía se iba a tirar sin contemplaciones.

Días después de las protestas escuchaba desde su casa los lamentos de unos pocos que seguían oponiéndose a la decisión de destruir los muros y les hablaban a las piedras como si estas pudieran estar escuchando, dedicándoles canciones y poemas. Los que habían sentenciado a las murallas trataban de calmar y distraer los ánimos de los demás ciudadanos con la promesa de grandes celebraciones en torno al acontecimiento, pero ¿quién quería fiesta en un momento tan drástico como aquel?. Por todo esto debía saltar, ya no aguantaba más esa vida.

Fermín se desperezó abriendo y cerrando los ojos un par de veces, estiró paulatinamente cada músculo de su cuerpo, debía prepararse a conciencia para el momento de lanzarse al vacío. Nunca le había gustado madrugar demasiado pero conociendo su propio destino iba a aprovechar y disfrutar cada cosa que su vida le fuera a brindar aquel día, así que se puso de pie y se asomó como cada mañana, con mucho cuidado para ver lo que sucedía a su alrededor.

Primero miró al horizonte, observando con detenimiento las altas montañas que rodeaban la ciudad actuando como protección natural de sus habitantes. Le fascinaba el color verde de los árboles y de los campos que se divisaban desde allí. Muchas veces soñaba con ellos, como había hecho aquella misma noche, y le parecía que cada mañana al mirarlos le llamasen con voz muy clara. Le decían que fuera con ellos, que su hogar estaba alejado de la ciudad. Él estaba seguro de que aquellas voces venían directamente del paraíso y que desde allí le animaban ayudándole a comprender que su tiempo en ese mundo se tenía que acabar tarde o temprano. Le parecía como si un ser superior le hubiera mandado una especie de maldición, o quizá una bendición. Sus sentimientos eran contradictorios y no sabía muy bien qué pensar al respecto. A pesar de que comprendía que la vida en realidad no era tan mala dentro de la muralla la decisión estaba tomada, aquel día saltaría sin más demora.

Al venirle de nuevo a la mente el propósito de ese día comenzaron a aparecer también en su memoria muchos recuerdos de los momentos iniciales de su vida. La luz del cielo, cada vez más intensa, ya que el

verano estaba avanzado, le recordó a la primera vez que abrió los ojos. Su nacimiento había sido bastante confuso, en un principio veía todo borroso, estaba acostumbrado a la oscuridad y el mundo le pareció una nube gris hasta que su madre lo arropó y le dio de comer por primera vez. Qué sensación tan reconfortante ser acogido y alimentado. Justo lo contrario de lo que sentía en aquellos momentos de desesperanza.

Recordó también que su madre le había puesto el nombre de Fermín en honor al santo "morenico" como ella lo llamaba, el más venerado en aquella ciudad y en torno al cual se celebraban grandes fiestas que habían coincidido con el día de su nacimiento. Pero cuando ya había aprendido a comer solo, su madre se empeñó en cambiarle el nombre y le empezó a llamar "pichón". En un primer momento ese nombre le hacía gracia pero después se le antojó lo más ridículo del mundo y cada vez que le su madre lo llamaba así gritaba con furia -¡ME LLAMO FERMÍN!- Porque sabía que el nombre era signo de la identidad de cada uno y que era la palabra que, en definitiva, nos define y nos hace ser quienes somos. Cuando su madre le despojaba de su nombre se sentía preso, sin posibilidad de huir, exactamente como se sentía entonces.

Poco tiempo después su madre se marchó, dejándoles a él y a sus dos hermanos, pidiendo que comprendieran que a veces la vida era difícil y ella debía seguir con la suya. Los tres se tuvieron que apañar para sobrevivir, buscando comida donde podían.

Desde entonces comprendió la enorme diferencia entre estar solo y sentirse solo. Fue un suceso que afectó mucho a Fermín, que siempre había sido muy tímido y casi todo en la vida le daba miedo. Salir de la zona que conocía se le antojaba algo muy peligroso, un reto inalcanzable. Sus hermanos sin embargo eran mucho más avispados y valientes. También acabaron abandonándolo a su suerte, cansados de esperar a que se decidiera a buscarse la vida por su cuenta.

La verdad es que Fermín tenía una personalidad muy peculiar, no soportaba la incertidumbre y prefería pasar sus largos días mirando al horizonte desde su casa ya que el solo hecho de salir de allí le producía un pánico enorme. Pero su instinto le decía que aquel día acabaría con todos sus miedos.

Comenzaron a repicar, entre las voces de la gente, las campanas de la iglesia de San Lorenzo, qué canción más hermosa, todas las mañanas se unía a la de los pájaros y los animaba a cantar con más fuerza, anunciando que la ciudad podía ya despertar y recibir el nuevo día. Entonces le vinieron a la memoria todas las cancioncillas que su madre le había enseñado. Cantar era lo que más le gustaba hacer cuando se sentía solo, esas melodías eran su manera de comunicar sus sentimientos. Todo el mundo cantaba, las personas, los pájaros, las montañas, los árboles y los ríos, cada uno tenía su propia manera de expresarse y de entonar sus

sinfonías. En ocasiones echaba de menos no saber más sobre música pero algo le decía que después de saltar, después de caer y llegar al paraíso alguien estaría dispuesto a enseñarle nuevas y bellísimas canciones y nunca más tendría que sentirse solo.

Mirando de nuevo hacia abajo se percató de que toda la población había salido a festejar el nefasto día, iban además acompañados de la misma comparsa que hacía su ruta danzando en las fiestas que se celebraban en torno al santo que le cedió su nombre. Llegó el mediodía y los personajes más representativos de la ciudad pudieron gozar de un banquete sin igual, al cual obviamente Fermín no estaba invitado. Pero verlo desde lejos, como siempre hacía con todo lo que pasaba en torno a él, le hacía sentirse partícipe algo importante. Pasada la hora de la comida pudo oír cómo los ciudadanos se acercaban a la plaza de toros para presenciar a cargo de un famoso circo un festival acrobático. Fermín disfrutó de lo lindo, imaginando que era uno de esos acróbatas que volaban por el cielo haciendo mil cabriolas imposibles. Cuando acabó el espectáculo ya era media tarde y el calor era intenso, el sol iluminaba la ciudad y los campos y parecía que todo era la misma cosa refulgiendo con un color blanco y brillante.

Cuánta felicidad había presenciado aquel día. Otra vez le acechaban los sentimientos contradictorios. ¿Cómo era posible que la gente se dedicase a celebrar algo que para él era la cosa más horrible del mundo, el peor acontecimiento de su vida, lo que le había obligado a tomar una decisión sin vuelta atrás?

Fermín se encontraba absorto en sus pensamientos cuando repente se escuchó un tremendo ruido que lo distrajo de sus ensoñaciones. Seguidamente sintió un temblor bajo sus pies y las piedras comenzaron a caer sin tregua. Los obreros ya estaban allí. Había llegado la hora. Comenzó a oírse una canción entre el estruendo de las rocas al caer:

“Han tirado la primera piedra,

han tirado, han tirado.

Han tirado la primera piedra.

Las demás cuando las tirarán”

Los golpes de las herramientas contra la muralla eran como el segundero de un reloj marcando una cuenta atrás. Los cánticos se le habían introducido en el cerebro y ya no podía pensar, se había quedado en blanco.

Enseguida volvió en sí y se preparó para aceptar su sino. Cerró los ojos e inclinó su cuerpo lentamente hacia delante. Ya no había vuelta atrás. Sus músculos se tensaron y los nervios invadieron su mente. Se debía de cumplir su destino sin remedio. Algo en su naturaleza llevaba tiempo llamándole y él tenía la obligación de responder. Finalmente dejó caer su cuerpo. Al principio se le taponaron los oídos y el aire parecía que le iba a romper los huesos pero luego el descenso le resultó mucho más ligero de lo que se había imaginado que sería. En ese mismo instante una suave brisa comenzó a mecerlo como a las hojas de los árboles de su sueño. Suavemente, arropándole, recibéndole como suyo. Y le invadió una completa paz.

Abrió los ojos y se posó en la rama más cercana, que se balanceó hasta acostumbrarse a su peso. Miró desde allí el cielo azul y los campos a los lejos, todo había salido bien, gloriosamente comenzaba su nueva vida, por fin había aprendido a volar.